

No tengo buenas digestiones, pero me gusta comer. Mas la alta cocina no es lo que me enamora... Podría decirse que tengo un gusto particular. Mejor no me invites a cenar... Pero, sobre todo, no te enamores de mí. De las leyendas que existen, la mía es la más negra: creada para ser amada, no soporto los cumplidos y, aunque me duele el estómago, mi deber es salvar a las criaturas del río de sus peores depredadores.

Hemos sufrido un reinado del terror. Ellas, las criaturas, me erigieron en su reina y cuidadora. Me otorgaron los poderes, me vistieron de belleza, me perfumaron de encantos. Se ocuparon de absorber toda la humedad del ambiente para que nuestros enemigos sucumbieran suplicando por la sed.

Les hemos descabezado, pero esto acaba de empezar...

Mi leyenda corre de boca en boca. El tema es atractivo, no lo dudo, pero la gente, cuando deja volar la fantasía y le añade el cotilleo, da lugar a tantas versiones de mí que me complace sobrevolar sus cabezas en cuanto veo un corrillo y escuchar...

—Yo sé la verdad —dijo una señora bajita y rechoncha—. Hablé con la doncella principal de la casa de Dulcidio —comentó, persignándose.

Todas las demás empezaron a hablar a la vez. Otra mujer, todavía joven, desgarbada, con aspecto serio, quizá por la sombra oscura del labio superior, explicó:

—Si habláis todas a la vez, no nos entenderemos. Callaos y dejadle hablar.

—Me han dicho que la muchacha sonrió al ver a Dulcidio muerto, disfrutando del momento, antes de zampárselo. No es que fuera morbosa, pero se lo tenía tan merecido...

Todos decían que tenía poderes; ella sabía que sí, y, habiendo oído narrar la historia del maldito saurio, decidió enamorarle con la treta de la indiferencia, hasta que él la necesitó. Tuvo claro que acabaría con él y vengaría a todas las mujeres que la precedieron.

Huyó de la casa del opulento padre antes de que amaneciera y volvió a su entorno, desconocido por todos los demás, que la buscaron durante muchísimo tiempo con resultado nulo, a pesar de la recompensa que prometió el padre.

Todos buscaban a la bella novia, pero ella estaba en un lugar mágico en el que no exploraban, pues no era la selva, la playa ni la montaña.

—Yo sé —señaló otra mujer vestida entera de negro, hasta el pañuelo que, atado por detrás de la cabeza, le cubría buena parte de la frente— que, cuando amanece, los padres expectantes esperan el mismo desenlace.

—¿Pasará lo mismo que en anteriores veces? —se preguntan el uno al otro.

Esperan cerca de la habitación, pero nada se oye. Pasa un tiempo y no pueden aguantar: llaman a la puerta, nadie contesta, insisten sin resultado.

Abren la puerta y, cuál fue su sorpresa... no había nada más que huesos encima de la cama.

—¿De quién serán? ¿De Dulcidio o de la dama que no era de la sierra, ni de la selva, ni de la costa?

Otra señora, un poco coja, con gesto dolorido a pesar de una especie de bastón que le había hecho el marido para apoyarse, espetó:

—¡No había huesos!

La madre de Dulcidio entró por la mañana esperando recoger los huesos de la última esposa de su hijo, y solo encontró a la mujer que no era de la playa, ni de la selva, ni de la montaña, durmiendo a pata suelta en la cama. La empujó para que se despertara y le preguntó por Dulcidio. La chica bostezó y le dijo, descarada:

—Aquí tengo un trozo en un diente. Sabe a pollo —dijo guiñándole un ojo.